



Relatos pal Desolvido

Narrativas de la Verdad Histórica

6



Gusano de seda

Segunda parte



Centro Nacional
de Memoria Histórica

Relato pal desolvido n.º 6

Gusano de seda

Segunda parte

Relato pal desolvido escrito a partir del informe
*Doble discurso, múltiples crímenes. Análisis
temático de las ACMM y las ACPB. Informe n.º 9,*
publicado por el CNMH en octubre de 2021.



Centro Nacional
de Memoria Histórica

Relato pal desolvido n.º 6

Gusano de seda

Segunda parte

Colección • Relatos pal Desolvido

Narrativas de la Verdad Histórica

Centro Nacional de Memoria Histórica

María Gaitán Valencia
Directora general

Carlos Mario López Rojas
Director técnico de la Dirección de Acuerdos de la Verdad (DAV)

Natalia Escobar Sabogal
Línea metodológica y conceptual Apropiación Social de la Verdad Histórica de la DAV

Juan Biermann López
Investigación y redacción

Leonardo Parra Puentes
Diseño, diagramación e ilustración

Carlos Mario López Rojas
Natalia Escobar Sabogal
Vanezza Escobar Behar
Lina Margarita Perea Mojica
Apoyo y acompañamiento a la revisión técnica

Daniel Fernando Polanía Castro
Profesional especializado Estrategia de Comunicaciones

Linda Carolina Rodríguez
Edición

Angie Sánchez Wilchez
Bibiana Alarcón Guerrero
Liz Castro Castro
Corrección de estilo

Primera edición: diciembre 2025

Número de páginas: 30

Formato digital: 10,5 x 14,8 cm

ISBN impreso: 978-628-7792-64-7

ISBN digital: 978-628-7792-77-7

ISBN colección impreso:

978-628-7792-55-5

ISBN colección digital:

978-628-7792-69-2

Imprenta Nacional de Colombia

Impreso en Colombia - Printed in

Colombia

Queda hecho el depósito legal

© **Centro Nacional de Memoria Histórica**

Carrera 7 # 32-42, pisos 30 y 31

Bogotá, D. C., Colombia

PBX: (601) 7965060

comunicaciones@cnmh.gov.co

www.centrodememoriahistorica.gov.co

Cómo citar:

Centro Nacional de Memoria Histórica.

(2025). *Gusano de seda. Segunda parte.*

CNMH.

Los nombres de todos los personajes que protagonizan estos Relatos pal Desolvido son ficticios.

Este libro es de carácter público.

Puede ser reproducido, copiado, distribuido y divulgado, siempre y cuando no se altere su contenido, se cite la fuente o, en cualquier caso, se disponga la autorización del Centro Nacional de Memoria Histórica



Centro Nacional de Memoria Histórica

Gusano de seda. Segunda parte / investigación y redacción Juan Biermann López ; diseño, diagramación e ilustración, Leonardo Parra Puentes ; línea metodológica y conceptual Natalia Escobar Sabogal ; edición Linda Carolina Rodríguez. -- Primera edición. -- Bogotá, Colombia : CNMH, 2025. -- (Colección Relatos pal Desolvido. Narrativas de la Verdad Histórica; relato n.º 6).

30 páginas : ilustraciones.

ISBN impreso: 978-628-7792-64-7

ISBN digital: 978-628-7792-77-7

ISBN colección impreso: 978-628-7792-55-5

ISBN colección digital: 978-628-7792-69-2

1. Cuentos colombianos – Siglo XXI 2. Novelas gráficas colombianas 3. Literatura colombiana 4. Desaparición forzada 5. Paramilitares – Colombia 6. Diversidad de género I. Biermann López, Juan, investigador II. Rodríguez Tocarruncho, Linda Carolina, editora III. Centro Nacional de Memoria Histórica IV. Título V. Serie.

CDD: 863.44

CO-BoCMH



I

A medida que unos combatientes caían en combate, otros llegaban en su reemplazo y Jáiver seguía vivo porque salía casi siempre ileso de los enfrentamientos; el comandante de esa escuadra paramilitar —un paisa conocido con el alias de Mondongo— se empezó a fijar en él y quiso saber de dónde había salido. Así que le preguntó a su chofer de confianza —alias Chancleta— y él le contestó que a Campanita —como era llamado Jáiver en la tropa— lo habían encontrado en el monte viviendo como un animal salvaje. «Le salvamos la vida, mi comandante», agregó Chancleta a su respuesta.

Mondongo, supersticioso como era, asoció una cosa con otra y se convenció de que ese tal Campanita debía de estar rezado por alguna bruja.

Era la única forma de explicar que ese muchacho con cara de caído del zarzo hubiera podido sobrevivir a tantos combates sin resultar seriamente herido. Así que le pidió a Chancleta que le enseñara al pelao a manejar moto, carro y camión; y que, de paso, le buscara otro alias, porque «Campanita suena muy marica».

A Jáiver le tomó algunos meses aprender a manejar motos y automotores. A diferencia de Chancleta, a él la velocidad lo ponía nervioso, lo desconcentraba.

Al enterarse de lo que la velocidad causaba en Peinilla —nuevo alias de Jáiver—, en lugar de notar que el muchacho vivía con el instinto de supervivencia siempre activo, Mondongo consideró que tal actitud demostraba su hipótesis inicial: «Ese pelao está rezao y por eso las ánimas no lo dejan correr».

II

Tras una escaramuza matutina con la guerrilla de las FARC-EP, la tropa de combatientes de esa escuadra del Bloque Calima buscó la orilla de un río para lavarse y renovar fuerzas.

Montadas las guardias, los hombres procedieron a quitarse el uniforme. Muy cerca de Jáiver, un recluta recientemente incorporado no tardó en desvestirse; y Jáiver, al verlo desnudo, detuvo todo movimiento y clavó su atención entera en ese cuerpo juvenil al que el sudor hacía brillar.

Así como Jáiver miró a un compañero, otro compañero miró a Jáiver y sin esfuerzo notó lo que pasaba: «¡Severa loca!», gritó aquel compañero. «Con razón los privilegios» (se refería a los cursos de conducción).

Tales palabras también llegaron a oídos de Mondongo. Su primera intención fue hacerle honor a su alias y, ante la tropa en formación, matar, despresar, cocinar y comerse un pedazo de Peinilla, para así demostrar lo que les pasa a los «desviados» en su escuadra. Luego reflexionó. Tenía la certeza de que, de intentar matar a Peinilla, las cosas se pondrían feas. Podría matarlo y hasta comérselo, pero las ánimas pasarían después a cobrar su cuenta.

Tan pronto volvió la tropa entera —28 hombres, ninguno mayor de 25 años—, Mondongo ordenó que formaran y echó un discurso sobre «ser guerrero».

—Si un guerrero sale marica —proclamó en su discurso—, apague y vámonos, porque lo primero que todo guerrero debe hacer es cuidarles el culo a sus compañeros. Para ser justos —razonó Mondongo más adelante—, Peinilla es un buen guerrero, lleva en la tropa más tiempo que la mayoría de ustedes. Así que habrá que darle una única y última oportunidad para que se arrepienta y se redima. Esta noche dormirá en la fosa, pa que recuerde qué es que es ser hombre.

Entre cuatro —pese a que Jáiver no opuso mayor resistencia—, lo desnudaron y lo arrojaron a uno de los fosos (de cuatro metros de profundidad) que había en la parte posterior del campamento. Acto seguido, cada uno, empezando por el que había delatado a Jáiver, orinó sobre el castigado en la fosa.



III

Los chorros tibios sobre su cabeza lo hicieron reaccionar. Apoyó su espalda contra una de las paredes de la fosa y evitó así el contacto directo con la humillación que llovía sobre su cuerpo.

Concluidas las «miadas» —carcajadas alejándose—, Jáiver volvió a la pregunta que lo atenazaba desde horas atrás: «¿qué pasó?».

Jáiver no terminaba de entender cuál había sido su delito. Él simplemente se había detenido a contemplar un cuerpo que encarnaba el ideal del guerrero. Ni siquiera lo miró con envidia, solo con admiración. Además, se suponía que él era también un guerrero, que sus compañeros eran hermanos en armas, que un hombre no se

morbosea a otro hombre. Pero algo había ocurrido y todas esas verdades se habían disuelto como cubitos de azúcar en tinto caliente.

¿Acaso no podía ser que la imaginación del soplón lo hubiera inventado todo, solo por querer joder, por pura envidia? Podía ser...

Podía ser, pero igual Jáiver seguía sin entender, sin entenderse; ya que ese nuevo recluta, que se presentó como Juliancho, le había resultado inevitablemente atractivo, pero, ¿por qué?

Por qué, si en lo que más se había esforzado Jáiver, al aceptarse parte de la tropa, era en obedecer las reglas, no llamar la atención, evitar cualquier castigo.

Llevaba Jáiver unas dos o tres horas sumergido en estas cavilaciones cuando una serie de estallidos, seguidos de gritos de dolor y ráfagas de fusil, lo devolvieron al fondo de la fosa en la que estaba.

IV

Unos veinte minutos después de escuchar la primera explosión, Jáiver vio que en la boca de la fosa se dibujaba sobre el cielo una silueta humana. Era Mondongo, que le arrojó una soga, le ayudó a subir, esperó a que se pusiera pantalón y botas, le entregó un par de granadas y, empuñando un fusil —llevando del uniforme no más que las botas y la guerrera—, le ordenó que se escondieran monte adentro.

Pasaron escondidos hasta que asomó el sol. Entre susurros y sollozos, Mondongo confesó a Peinilla que no quería morir, que tenía una hija pequeña, que lo suyo era hacer negocios, no darse plomo. Jáiver lo escuchó, manteniendo la distancia, temiendo que, de tocarlo, pudiera ganarse otro castigo.

El panorama del campamento, al volver, fue desolador. A eso del mediodía se reunieron quienes habían sobrevivido y vuelto: diecisiete hombres, de los veintiocho que había.

Tras recorrer las cenizas dejadas por el ataque guerrillero, habían recogido siete cadáveres. Los cuatro restantes podrían volver en cualquier momento, o quizás habían sido secuestrados por el enemigo, quién sabe.

La tropa sobreviviente caminó durante cuatro días, arrastrando escaseces, hasta hallar una escuadra amiga que recibió como refuerzos a los famélicos combatientes recién llegados. Ante su nuevo comandante, Mondongo aceptó que lo suyo no era dar plomo. Fue llevado a un pueblo cercano. Pasaría a ser contacto urbano y, como escolta, lo acompañó Jáiver desde entonces.

VI

Tras algunos acomodados y reacomodados, comenzando el año 2002, Mondongo fue asignado a Bugalagrande. Hasta allá se desplazó en moto con su escolta y chofer, Jáiver. Allí los recibió Guadaña —comandante urbano del pueblo y sus alrededores—, acompañado por su escolta —conocido como Caliche— y por Samuel, comerciante, tendero y aplicado informante de los paramilitares en ese pueblo.

Se encontraron los cinco en la tienda de Samuel y de ahí salieron —dos en moto y otros dos en una camioneta blanca de vidrios polarizados; Samuel no los acompañó— para una casa en el extremo sur de Bugalagrande. Sala comedor, dos cuartos, un baño, cocina y patio trasero en el primer piso. En el segundo, otro baño, dos cuartos y una especie de bodega, cerrada con cadena y dos candados, que podía servir —según Guadaña— como prisión y espacio de torturas.

En cada cuarto había una cama de campaña, con sábana y una silla Rimax al lado. La cocina estaba limpia, por falta de uso. Había que conseguir papel higiénico y bombillos.

Reunidos en la cocina, Guadaña dijo que ni un pelo en ese pueblo se movía sin su autorización y agregó que, si en una estructura había alguna rueda suelta, tocaba apretarla muy bien o si no reemplazarla.

Luego le entregó a Mondongo una carpeta y le explicó que en ella encontraría el nombre, la dirección y el monto de las extorsiones que debía encargarse de cobrar; que no se le olvidara tampoco hacer siquiera dos patrullas diarias (una al amanecer, otra al caer el sol) y los fines de semana duplicar la vigilancia.

Guadaña le hizo una señal a Caliche y él trajo de la camioneta un equipo de comunicaciones, un radio, dos armas de fuego cortas, una Mini Uzi israelí, proveedores y balas, y dos brazaletes, que debían ponerse al irlo a visitar.

—En estos días —dijo Guadaña conectando el equipo de comunicaciones—, tenés que recibir

unos kilos que nos van a mandar. Tenés que estar pendiente. Tan pronto lleguen, me avisás.

Antes de marcharse, Guadaña agregó que en la carpeta entregada también estaban los datos de un expolicía que, al parecer, le estaba pasando información al enemigo.

—Puede que esté con las FARC —explicó Guadaña— o pueda que sirva a algún cartel del Valle. Tenés que averiguar, pa saber si hay que quebrarlo o darle un susto nomás.

Antes de marcharse, Guadaña le dijo a Mondongo que, por nada del mundo, trajera mujeres a la casa.

—¿Y entonces? —inquirió Mondongo.

—Por aquí cerca hay un prostíbulo de confianza.



VII

Cobradas las primeras extorsiones y sacadas de ahí las respectivas comisiones, Mondongo dijo que era hora de conocer y darse a conocer en el prostíbulo.

El prostíbulo quedaba saliendo de Bugalagrande, por la vía a Tuluá. Antes siquiera de tomar asiento, Mondongo pidió una botella de aguardiente, cuatro copas y compañía para compartirlas.

Con la botella y las copas, llegaron a su mesa Camila y Samantha, dos jóvenes risueñas y muy maquilladas, ambas menores que Jáiver.

Tras el segundo o tercer copazo compartido, Mondongo manifestó que venía con más hambre que sed, y que él, «solito», podía dar cuenta de las dos acompañantes; pero no quería que

Peineta —como ahora le decía a Peinilla, por estar encargado de manejar y mantener a punto la motocicleta— se quedara mirando el páramo. Añadió entonces que esta era la oportunidad para que la más experta le enseñara al muchacho «lo básico de la guerra contra el sexo débil».

Apareció entonces Rubi, una mujer bella, de manos fuertes, mirada recia y, al menos, 30 abriles en su haber.

Ya un poco achispado, con cinco copazos de guaro en la cabeza, mansamente Jáiver se dejó llevar por Rubi a una estrecha pieza en el segundo piso. Una vez allí, sentado en el borde de la cama, mientras la mujer lo desvestía, Jáiver dijo que no era necesario.

—¿Qué va a pensar tu comandante?

Jáiver no respondió y dejó que Rubi lo siguiera desvistiendo; hasta que, de un momento a otro, sin que ella le preguntara, afirmó llamarse Jáiver, confesó no haber estado nunca con una mujer y no tener familia.

Al escucharlo, Rubi se detuvo y, conmovida, le respondió:

—Una familia se va, otra llega.

—¿Vos tenés familia?

—Todos tenemos alguien que nos quiere y nos protege —contestó ella.

—Yo podría protegerte...



VIII

Una tarde de mediados de enero de 2004, salió contento Mondongo de la casa que aún compartía con Jáiver en Bugalagrande. Salió caminando rumbo al prostíbulo, a unos 25 minutos andando, canturreando un reciente éxito de Gilberto Santa Rosa que dice: «Todo lo que sube tiene que caer», sintiéndose afortunado después de que en los últimos días hubiera estado muy asustado por la reacción del comandante Guadaña frente a lo que Jáiver había hecho sin su autorización.

A inicios de esa semana, sin siquiera consultarle a Mondongo, Jáiver había usado el equipo de comunicaciones para hablar con el mismísimo Guadaña e informarle directamente de una novedad ocurrida con el chofer y escolta del comandante, conocido como Caliche.

Resulta que Caliche, en las fiestas de fin de año 2003, una noche llegó solo al prostíbulo y se puso a tomar; en un momento dado, vio a una jovencita recientemente incorporada y quiso estar con ella. Sin embargo, a la joven solo podían acceder los comandantes.

Al escuchar esto, Caliche se salió de sus cabales, agarró a la jovencita y se encerró con ella para maltratarla y abusarla.

Este incidente le fue narrado a Jáiver por Rubi con lágrimas en los ojos. Para ese entonces, ambos habían tejido una bonita amistad.

Sin perder tiempo, Jáiver regresó a la casa, pero no por la Mini Uzi, sino para usar el equipo de comunicaciones con el fin de informarle directamente a Guadaña lo que su escolta había hecho contra una integrante de un puesto aliado de la organización en Bugalagrande.

Según Jáiver le contó después a Mondongo, estuvo más de una hora hasta que logró que lo comunicaran directamente con el comandante, que lo primero que dijo fue:

—A ver, escolta, ¿qué son esas ganas de hacerse picar?

La indignación que aún sentía Jáiver impidió que se intimidara y, con detalles y pocas palabras, le refirió completo el incidente, señalando la fuente fidedigna que había ofrecido esa valiosa información, dejando caer al final que menos mal la fuente se lo contó a él y no a nadie más.

—Listo, pelao —respondió escueto Guadaña—, tomo nota. ¿Cómo es que es su nombre?

—Peineta.

—Puro nombre de peluquero —dijo el comandante, aunque esto último no se lo contó Jáiver a Mondongo.

Al enterarse de lo hecho por Jáiver, Mondongo primero quiso morir; luego quiso matar a Peineta por sapo. ¿Qué necesidad había de embalar a Caliche?

Pero lo hecho hecho estaba y, además, Mondongo recordaba que su escolta era su amuleto de la buena suerte. Bastaba echar un vistazo a los dos últimos años para reconocer que, desde que llegó con él a Bugalagrande, todo iba sobre

ruedas y mejorando. Ahora andaba con plata, respetado por la gente, temido por algunos, deseado por otras. Si las cosas seguían así, en dos o tres años más, dispondría de una camioneta como la de Guadaña y viviría en una finquita dando órdenes.

Esa tarde de enero de 2004, Mondongo salió de casa contento y cantando después de haber hablado con Guadaña, quien le dijo que les transmitiera a las del prostíbulo que a Caliche ya se le habían perdonado varias cagadas antes, pero que con esto rebotó la copa. No hubo necesidad de juicio. Lo amarraron, lo llevaron junto a un río y, después del tiro de gracia, dos hombres con motosierras se dieron maña para hacer caer el cadáver en un costal que arrojaron al río.

—Como comandante —confesó Guadaña— hay que tomar decisiones difíciles. Y es que yo no puedo permitir que mis hombres vayan por ahí golpeando y violando jovencitas, y menos en medio del proceso en el que estamos, que lo último que necesitamos es ganarnos más gente que hable mal de la organización.



Si quieres leer y conocer más sobre este informe, escanéa con tu celular el siguiente código QR:



O ingresa al siguiente enlace:



<https://centrodememoriahistorica.gov.co/doble-discurso-multiples-crmenes/>



Narrativas de la Verdad Histórica

Este libro se terminó de imprimir
en la Imprenta Nacional de Colombia
en diciembre de 2025.

Se utilizó papel earth pact y se emplearon las familias
tipográficas Noto Serif y Georama



En la segunda parte de esta historia habrá que preguntarse si fue el azar o las brujas lo que favoreció la suerte de Jáiver —no así su nombre—. Será porque cree hallarse ya en el Purgatorio, lo que le facilita obedecer órdenes. Pero ser hombre ahí no es fácil. ¿Hay escapatoria?
